

un consuelo para los pobres: pueden salir casi desnudos; el calor del sol hace las veces del vestido; pueden acostarse sobre las piedras y pasar las noches al aire libre. Entonces no tienen necesidad de vino, ni de alimentos delicados; les basta el agua fresca de las fuentes y unas pocas legumbres: la naturaleza les brinda con una mesa fácil. Hay además otra ventaja: tienen asegurado el trabajo: los que construyen casas, los que tienen campo, los que navegan, necesitan entonces de los brazos del pobre. Verdaderamente, el cuerpo del pobre es para ellos lo que son sus campos, sus casas y sus otras propiedades: es decir, su capital: no puede sacar provecho de otra parte. Así el estío trae algún alivio á la indigencia; pero el invierno la hace una guerra cruda: interiormente la ataca con el hambre, y al exterior con el frío, que deja la carne yerta. Entonces se necesita mejor alimento, lecho, vestido y cama, y entonces le falta el trabajo. Cuando el pobre tiene más necesidades, y necesidades indispensables, nadie le socorre ni le dá á ganar el sustento de su familia; pongámonos, hombres misericordiosos, en el lugar de los limosneros, y asociémonos con San Pablo, que fué siempre el amigo y el protector de los pobres.»

Los grandes maestros convienen en que la elocuencia reside y parte del corazón, y esto sucede á San Juan Crisóstomo: todo en él es sentimiento, trasportes de alegría y de dolor, momentos internos de heroísmo y abnegación. Ama á su pueblo con delirio, llora amargamente sus desventuras, se regocija con sus conquistas y se siente inflamado por los afectos que experimenta.

«Vosotros sois para mí, les dice, padre, hermanos é hijos; vosotros sois *todo* para mí. Vuestras alegrías, vuestros dolores son mis solos dolores y alegrías. Aunque no fuera deber mio

responder de vuestras almas, yo estaría inconsolable si supiera la pérdida de cualquiera, de la del último al parecer de vosotros, porque un padre no se consuela de la pérdida de su hijo con la idea de haber procurado por todos los medios imaginables su salvación. Mi justificación á los ojos de la justicia divina es para mí de menos interés que la vuestra: que todos seáis salvos sin escepcion, este es el principal objeto de mi solicitud y mis desvelos.... ¡Ah! ¿qué importa descuidar mi propia salvación si aseguro la vuestra? Si alguno se estraña de oirme hablar de esta manera, ese no habrá sido padre nunca.»

De esta plenitud de sentimiento el orador pasa sin violencia á una locucion fácil é impetuosa, viva y agradable, variada y sostenida. Sus escritos son perfectos modelos del mas puro aticismo. Descuella en ellos esa belleza, esa perfeccion que consiste en dar al pensamiento una forma la mas oportuna y mas clara para instruir, la mas pintoresca para describir, la mas enérgica para exhortar, la mas patética para responder y consolar.

Como la causa del Crisóstomo, dice un historiador de la Iglesia (1), era la de toda la cristiandad, los Sumos Pontífices de su siglo y los doctores mas célebres se han disputado la honra de hacer el elogio de sus obras y su mas perfecta y entusiasta apología. Veámoslo:

San Celestino escribe: «¿Qué dejó de enseñaros este doctor de santa memoria, este obispo tan lleno de luces, cuyos discursos esparcidos por toda la tierra, hacen tan recomendable la verdad católica?» Su voz no pudo resonar sino en pocos lugares, pero ninguno hay á quien no instruya todavía con sus trabajos. La muerte, lejos de cerrar sus lábios, le hizo el

(1) Berault-Bereastel.



predicador de todo el universo, que leerá siempre sus obras sublimes con tanto fruto como admiración.»—San Leon ensalza en este Santo Padre de la Iglesia griega aquellos raudales de doctrina espiritual y vivificante, que saliendo aun mas de su corazón que de su boca, infunden en todas las almas la unción, la fuerza y la vida.—Reunidos en concilio todos los orientales le incluyeron despues de su muerte en el número de los doctores de la Iglesia, proponiéndole, no solo como el honor del episcopado y como una de las mayores lumbreras de la Iglesia griega, sino tambien como una antorcha capaz de disipar las sombras del error en todas las provincias y el mundo entero.—San Efren, no satisfecho con el titulo de *Boca de oro*, que esto significa Crisóstomo, con que le designan sus contemporáneos, le llama *Boca de toda la Iglesia*.—«Descansó como el Apóstol cuyo nombre lleva, dice Casiano, en el seno de Jesus, y como él bebió aquella doctrina que abrasa los corazones en el divino amor. Formaos, añade, con su doctrina, y si no podeis igualarle, imitadle al menos para hacerlos gratos á los ojos del Señor.» El obispo de Hipona alaba muy particularmente en el Crisóstomo la pureza de su fé, la elevación de su espíritu, la profundidad de su ciencia y su merecida reputación.—San Isidoro de Pelusio, examinando con todo el rigor de la crítica los caracteres de la elocuencia de San Juan Crisóstomo, y juzgándole por las reglas severas de Plutarco, concluye reputándole superior á todos los demás oradores, sin escepcion.

Aventájase efectivamente San Juan Crisóstomo en todo lo que es noble y natural, en la elocuencia, en la composición, en el método, en los pensamientos y en las espresiones; á lo cual es menester añadir lo que, al leer algunos discursos,

no puede menos de experimentarse, segun Sozomeno; esto es, que así sus espresiones, como sus pensamientos, tienen muchas veces un no sé qué de divino, que sobrepuja á la capacidad del hombre. «Su estilo es, dice Berault-Bercastel, siempre claro, sencillo y sin los vanos adornos con que los declamadores habían sobrecargado la hermosura natural del antiguo aticismo. Conserva hasta en los términos toda la pureza de los antiguos atenienses. Siempre agrada y siempre convence, porque tiene un aire de verdad y un tono de sentimiento que penetran hasta el alma. Por todas partes se encuentran raciocinios fuertes, pero siempre sencillos y perceptibles para todos sus oyentes: comparaciones exactas, frases vivas y penetrantes, imágenes grandes y luminosas con todas las figuras que adornan y realzan la verdad en vez de debilitarlas. Sin embargo, entre todas las propiedades de su pluma, la que le caracteriza de un modo único es el arte inimitable de mover y fijar, dando cuerpo y colores á los objetos mas sublimes y á las veces los mas sutiles, y de sacar instrucciones tan interesantes como sólidas del fondo mas árido y escabroso al parecer. Poseia tambien aquel arte, tan familiar en los antiguos, de distinguir y usar de los verdaderos resortes de la elocuencia, aprovechándose del tiempo y de las circunstancias, y utilizando todo lo accesorio que, para lograr el fin del orador, es muchas veces mas poderoso que el fondo de las cosas, como con tan buen éxito lo practicó en la consternación que se siguió á la sedición de Antioquia. El estilo del Crisóstomo parece algunas veces un poco asiático ó muy difuso; pero al mismo tiempo hasta en sus difusiones se notan tanto espíritu, tantas gracias, y sobre todo tantos rasgos de una imaginación viva y brillante, que, arrebatado el lector por un



encanto inesplicable, no puede resolverse á omitir cosa alguna. Esperiméntase principalmente este interés en las obras de sus años floridos, porque hay una diferencia considerable entre las que se publicaron en Antioquia y las que compuso despues colocado en la silla episcopal de la nueva Roma, cuando la multitud de sus ocupaciones y de sus trabajos no le permitian darles el mismo grado de perfeccion.»

De propósito hemos agrupado en este libro las opiniones mas autorizadas que se han emitido acerca de la elocuencia del Crisóstomo; deber nuestro era por este medio justificar lo que la lectura de sus escritos nos habia inspirado. Los discursos del Crisóstomo son en realidad el curso mas completo de predicacion moral que conocemos, sin que debamos omitir en este momento la recomendacion mas eficaz de su lectura en las escuelas á los que en los seminarios y universidades desempeñan el honroso cargo del magisterio.

Un suceso providencial é inesperado para nuestro santo vino á privar á Antioquia de la elocuente palabra de su celoso pastor: su genio habia producido la admiracion en todo el imperio, y habiendo vacado la silla patriarcal de Constantinopla, el Crisóstomo fué la persona elegida para ocuparla: un concilio de obispos decide su ordenacion, y el santo acata la voluntad del cielo sin envanecerse. La consagracion tuvo lugar el año 398.

Inflamado de un celo santo, el Crisóstomo dió principio á su nuevo apostolado por la reforma de los grandes abusos que se habian introducido en el clero, restableciendo con este objeto cuantas disposiciones habian dictado sus antecesores, y enviando celosos misioneros á la Palestina y á otras ciudades del imperio. Incapaz de transigir con los poderosos de la tier-

ra, fiel á las inspiraciones de la conciencia, é indignado ante el orgullo, el lujo y las violencias del imperio, truena contra tantos abusos y tantas injusticias, atrayéndose la enemistad de aquellos á quienes reprendia sin compasion: Gainaz, los arrianos, Teófilo, patriarca de Alejandria, y muy especialmente la emperatriz Eudosa, herida por un discurso del Crisóstomo, se proponen destruir el poder de su palabra y logran una sentencia de destierro contra él, proporcionándole por este medio nuevos triunfos.

He aquí las sublimes palabras con que se despide de su rebaño:

«Una tempestad violenta me cerca, me asedia por todas partes: nada temo, porque soy roca inquebrantable. El furor de la tormenta, las olas amenazadoras no podrán sumergir jamás la nave de Jesucristo. La muerte no es capaz de aterrarme; es, por el contrario, un motivo de alegría para mí. ¿Dudareis del resultado? ¡oh! no dudeis: toda la tierra está por el Señor. ¿Temeré por ventura la pérdida de mis bienes? nada son ellos para mí: desnudo entré en el mundo, y desnudo saldré de él: desprecio, solo desprecio me inspiran las riquezas y los tesoros del mundo: tan solo deseo vivir para seros útil. Jesucristo está conmigo; ¿qué podré temer? Si, yo os lo repito; en vano se presume hacerme ceder por la violencia: en vano se vuelve contra mí el furor de los príncipes; todo esto me parece menos que una débil tela de araña.... Yo no ceso de decir: «Señor, que vuestra voluntad se cumpla: yo ejecutaré con alegría, no aquello que esta ó la otra criatura quiera, sino lo que vos querais ordenar á vuestro siervo.» Yo encuentro siempre en esta predisposicion de mi alma un consuelo imponderable, un valor sin límites....»

El pueblo, unido íntimamente á su maestro, quiere impedir su partida y se agita tumultuosamente; el Crisóstomo bus-



ca en secreto al oficial encargado de conducirlo al destierro, y parte para su destino. A la noche siguiente se hace sentir un violento temblor de tierra, y Eudisia aconseja á su marido la vuelta del orador: el Crisóstomo penetra en la ciudad victoreado por todo el pueblo. La calma era aparente y la tregua de sus enemigos dura poco. Pasan algunos meses, y mayores escesos obligan al ilustre patriarca á combatirlos desde el presbiterio de su iglesia; libertad apostólica que le acarrea un nuevo destierro. Precipitado, dice Chateaubriand, como Demóstenes de la tribuna de que era glorioso ornamento, el Crisóstomo recibe la orden de abandonar la ciudad, y dice á los obispos sus amigos:—Venid, oremos: despidámonos del ángel de esta iglesia. Y á los diáconos:—Mi fin se acerca; ya no volveréis á ver mi rostro. Y bajando por una senda desconocida á la orilla del Bósforo, para evitar el encuentro con la muchedumbre, se embarca para Bitinia.

Los enemigos de Juan Crisóstomo le temen aun desde su destierro y solicitan su traslación á las orillas del Ponto-Euxino. Sus deseos se cumplen: la córte de Byzancio ordena que se verifique el viaje, sin respetar su edad, ni tener miramiento á sus canas, y los soldados cumplen con feroz esceso las órdenes tiránicas de quien les paga. Tres meses despues de su salida, el Crisóstomo se detiene en una iglesia consagrada á San Basilio mártir, y allí pronostica su fin cercano, se viste de blanco, comulga, distribuye lo que forma su modesto ajuar entre los asistentes, y pronunciando estas palabras: — Alabado sea Dios por todo, estiende sus piés y entrega su alma en brazos del Criador (1).

(1) «Candidas vertes requirit, exutisque prioribus eas sibi jejunos indicit, omnibus ad calceamenta usque mutatis, atque reliquas præsen-

Su muerte acaeció el día 14 de setiembre del año 407, en el sétimo del consulado de Honorio y segundo del jóven Teodosio. Dióse sepultura al cadáver al lado de la tumba de San Basilio mártir, asistiendo á sus funerales un inmenso concurso de religiosos, de solitarios y de vírgenes de los pueblos vecinos.

La vida de San Juan Crisóstomo está ligada íntimamente á la historia de su elocuencia y al gran ascendiente que supo grangearse sobre las almas. La firmeza del mártir, dice Villemain, explica el genio del orador: sus estudios griegos en la escuela de Libanio, su piedad para con su madre, sus deseos de viajar mas tarde, su dulce ascendiente sobre el pueblo de Antioquia, sus combates contra las intrigas de la córte y su energía en el destierro. Estos hechos, que nosotros no hemos podido menos de enlazar con juicios mas ó menos estensos acerca de sus discursos, explican sin duda alguna los caracteres todos que distinguen la elocuencia del Crisóstomo, alternativamente ingeniosa, enérgica, tierna, rica, espresiva, severa, sublime y elegante.

Ninguno ha ejercido mas de lleno el ministerio de la palabra cristiana que San Crisóstomo: sus discursos tienen hoy un doble interés, puesto que los estudios históricos han adquirido una justa preponderancia desterrándose las antiguas preocupaciones, que entorpecian la mano de aquel que se atrevia á trazar una página no mas del pasado, una página tan solo de la vida de la humanidad. Para conocer el grado de civilizacion de la época en que floreció el Crisóstomo, es preciso leer y

tibus distribuit; et cum dixisset more suo: *Gloria Dei propter omnia et ultimum Amen* obsignasset, extendit pedes.» (Pallad. Dialog. de vita S. Chrysost.)



estudiar sus obras, verdadero y acabado retrato de las costumbres, de los vicios y las virtudes de sus contemporáneos. De este modo, para la prosperidad el Crisóstomo no es tan solo un orador insigne, un obispo ejemplar, un santo, en fin, sino un historiador que merece entera fé, y á quien le era dado, por su carácter, escribir la historia sin adulacion y sin engaño.

La religion cristiana, al levantar la tribuna, no hizo tan solo un servicio á la elocuencia, lo hizo grandísimo á la historia. Recorriendo con espíritu imparcial las vicisitudes de la palabra religiosa en las diferentes épocas que nosotros vamos á examinar, hallarse pueden materiales preciosísimos y olvidados que, por nuestra parte, no nos es dable en un todo aprovechar.

Leyendo los discursos de San Juan Crisóstomo, dice á este propósito un crítico francés, se vé bien claro que la influencia de la palabra cristiana no habia aun destruido la esclavitud doméstica, no pareciendo cosa rara el que hubiese en una casa opulenta dos ó tres mil esclavos destinados á procurar á sus señores todas las exigencias de un lujo caprichoso: estos infelices eran tratados con gran crueldad, hasta el punto que, una dama principal, irritada contra algunas de sus mas jóvenes domésticas, las hizo enganchar en su litera y galopar al paso mismo que sus caballos. Tampoco eran los cristianos de entonces menos supersticiosos que en épocas anteriores: creíase todavía en los augurios y los preságios; en las enfermedades se corria á la sinagoga para consultar á los encantadores, y se llevaban amuletos, entre los que figuraban las medallas de Alejandro, cuya fama era mirada como un talisman maravilloso entre los griegos del Asia.

Las leyes, la educacion, el estado de la milicia, del comercio, de la industria, de las ciencias, de las artes, todo se halla consignado en las obras del Crisóstomo. ¿Por qué, pues, son hoy tan pocos los que las leen? ¿Por qué se desconocen? ¿Por qué no se estudian? Fuerza es decirlo, aunque doloroso sea confesarlo: el desden, la indiferencia de unos y otros proviene en gran parte de que esas obras, escritas de una manera admirable, están saturadas de fé, de respeto, de adoracion y de humildad; porque en ellas no se rinde culto á la razon, sino que se censura el orgullo del hombre y se combaten con valor sus extravíos; porque los discursos del Crisóstomo, en fin, y los de todos los Santos Padres, no fueron un alarde de vanidad, ni menos un pretesto para hacerse á toda costa aplaudir, sino el comentario de una doctrina sublime, la única capaz de restablecer la unidad, el progreso y la libertad en el mundo, por medio de la sumision, el respeto y la entera conformidad á los preceptos del Redentor.

Lo que no se conoce, no es dable saberlo apreciar: los libros que para escribir este hemos necesitado leer son la protesta anticipada de la ingratitud, la injusticia, la ignorancia y hasta la mala fé con que proceden gran parte de los que se dicen sábios en nuestros dias. Pretenden, llenos de presuncion, abrogarse el derecho de regenerar la sociedad, de curar sus males, de cicatrizar heridas que aun brotan sangre á torrentes, y para conseguirlo, ¡qué medios tan estraños emplean! ¡Cuánto se separan de esos ejemplos vivos que ofrece la religion cristiana, de abnegacion, de heroismo, de amor hácia los pueblos, de virtud, de ciencia, de inspiracion y de caridad! Ni aun parodiarlos saben: ¡son poco para ellos! Para ellos, cuyo solo móvil es la satisfaccion completa de sus



caprichos, la acumulacion de la riqueza, del oro ; ídolo que de nuevo se alza en el desierto de la vida, para fascinar la imaginacion y pervertir el espíritu del hombre.

Si los ciegos admiradores de esas celebridades de un dia, de esas celebridades efimeras, pasajeras, á quienes aludimos, conociesen, como nosotros conocemos, el móvil verdadero de sus acaloradas peroraciones ; si hubiesen oido sus palabras en el seno de la confianza ; si les hubiesen contemplado en sus casas ; en el aislamiento egoista á que se condenan para tener el derecho de no dar cuenta á nadie de sus acciones, seguro que no se hallarian tan dispuestos á juzgarlos con tanta bondad, ni aplaudir sus discursos con tanta frecuencia.

Los exhumadores de la *idea vieja* no son, no pueden ser, lo que fueron los apóstoles de la *idea nueva*: cuando alguno escriba la historia de la elocuencia contemporánea, ó habrá de falsear los caracteres, ó no podrá sin rubor colocar una corona de siemprevivas sobre la tumba de muchos de los que se llaman oradores, y no negamos que lo sean. La armonía de sus períodos, la brillantez de su estilo, la suavidad y la dulzura de sus palabras encierran un veneno, en vez de un bálsamo; no aspiran al imperio del bien, sino al imperio del mal; no quieren que haya sumision ni respeto á la autoridad, porque ellos solos se titulan maestros; y en efecto lo son, de una multitud que les sigue á todas partes, que les escucha y les aplaude siempre unos mismos pasajes, unos mismos períodos, unas mismas lisonjas y adulaciones; anatematizan el órden, la armonía, porque en medio de la agitacion y del tumulto esperan poder medrar mas, y medrar con mas seguridad: he aquí el secreto de su fama y el móvil de su conducta.

¿Por qué al estudiar los Santos Padres, bajo el punto de

vista de la gran mision que aceptaron en la tierra, y supieron llenar de una manera tan completa, no hemos de ofrecer á los incautos un medio seguro para medir toda la impotencia y el escaso valer de los apologistas de la mentira? ¿Por qué desechar el criterio mas asequible á los mas, cuando intentamos, como dijimos en el prólogo, hacer un servicio con este libro á la causa de la verdad? Lejos de nosotros la idea de profanar la memoria de esas gigantescas y bellisimas figuras, que los siglos IV y V de la Iglesia, y otros mas tarde, ofrecen á nuestra contemplacion, colocándolas frente á frente de los que tanto se crecen en nuestros dias. Para graduar, para comprender cuán injusto es el olvido en que están los que en el mundo han sabido ejercer el apostolado del bien, preciso es que se sepan las cualidades que los distinguieron, y las que distinguen hoy á los que se dicen llamados á enseñar á los pueblos. Fijámonos en cualquiera de los Santos Padres, en San Juan Crisóstomo por ejemplo, cuyo elogio no hemos concluido, ¿se atreverá nadie á proclamar que este ilustre orador de la Iglesia griega no supo sostener, no supo defender con gran éxito los legítimos derechos del oprimido, enseñando sus deberes al opresor? ¿no supo alejar de Alejandría y Constantinopla la desolacion, el llanto y la miseria, desarmando la ira de un príncipe ofendido, combatiendo el lujo, la afeminacion y los vicios de una córte corrompida; y amparando, bajo las gradas del Santuario, al mayor enemigo de la Iglesia, en el momento supremo de su caida? Conociendo las virtudes, la humildad, la sabiduría y el heroismo de San Juan Crisóstomo, ¿osará nadie confundirle con esos mercaderes de lisonjas, con esos aduladores del poder que tienen mas cerca, ó del que esperan conseguir mayor protectorado, á quienes nos hemos referido anteriormente? Entre los